

E P H E M E R I D E S C A L A S A N C T I A N A E

Salutatio Patris Generalis

Carta a los Hermanos – Diciembre 2011

“Nada vale la pena comparado con haber conocido a Cristo Jesús, mi Señor.”

Una reflexión sobre la fe

“Vive y trabaja de tal manera que quienes te vean no encuentren otra explicación para tu vida y tu quehacer que tu fe en Jesucristo”. Esa es una de las respuestas que suelo dar a quienes me preguntan por el papel del escolapio en nuestras Obras. Esta pregunta nos la hacen muchas personas y nos la hacemos nosotros mismos. Y pienso que podemos caer en la tentación de dar una respuesta parcial, funcional o meramente descriptiva. Y pienso que si respondemos así, nos podemos equivocar. Nuestra respuesta ha de ser buscada y encontrada en la razón de ser de nuestra vida, de nuestra vocación, y eso no es otra cosa que la fe en Jesús de Nazaret, el Cristo, nuestro Maestro y Señor.

Os escribo esta carta sobre la fe. Quiero hacerlo así, después de haber participado en el Consejo de Superiores Mayores de la Orden, después de haber reflexionado con un grupo de veinticinco escolapios sobre el acompañamiento de los religiosos escolapios “adultos jóvenes”, a las puertas del Año Vocacional Escolapio y cuando estoy a punto de iniciar una Visita a las diversas Casas de Formación de la Orden, con el objetivo de contribuir, humildemente, a su crecimiento en calidad y comunión. Lo hago porque estoy convencido de que lo necesitamos.

Quiero escribiros sobre la fe porque después de haber trabajado sobre tantos planes y opciones y a punto de iniciar otros nuevos, no quiero dejar de decir –de gritar– que nada de todo lo que hacemos y de todo lo que hagamos provocará una auténtica renovación y revitalización de nuestra Orden si está desconectado del gran desafío que, en el fondo, tenemos planteado: **vivir radicalmente desde la fe**, hacer de la fe el centro de nuestra vida, abrir las comunidades al testimonio de Jesús, redescubrir la fuerza vital de la experiencia de fe y de la oración, trabajar en nuestra misión con una auténtica entrega, vivir, en definitiva, desde el primer amor¹.

Tantos objetivos interesantes, tantas opciones positivas y de crecimiento, no pasarán de ser una “lista de actividades” si no están basadas, inspiradas, fortalecidas, en la vivencia radical de la fe en Jesucristo. Vivir de fe es la “clave de vida” central de la Orden, y sólo por ella somos escolapios. No lo olvidemos nunca. Haciendo una paráfrasis libre del texto de Hebreos², podemos decir que *“por la fe, Calasanz se atrevió a consagrar su vida a los niños, por la fe cada uno de nosotros hemos asumido nuestra vocación escolapia, por la fe vivimos cada día y trabajamos con ánimo y esperanza, por la fe impulsamos las*

¹ Ap 2, 4

² Heb 11



E P H E M E R I D E S C A L A S A N C T I A N A E

Salutatio Patris Generalis

Carta a los Hermanos – Diciembre 2011

opciones que impulsamos, por la fe convocamos un Año Vocacional, por la fe buscamos juntos los mejores caminos para la Orden”.

Es posible que no haga falta recordarlo, no lo sé, pero lo quiero repetir: **un grupo religioso como el nuestro que quiere abrirse en profundidad a la Vida y a la renovación que es tan necesaria, no lo hará sin asumir que en el centro de su proceso está la llamada a una vivencia absoluta, clara y comprometida de la fe en el Señor.** Eso ha sido así siempre, y así seguirá siendo. Así fue en Calasanz, así lo es y lo será en su obra, las Escuelas Pías. Tratemos de profundizar un poco en esta afirmación.

1 - Sólo la fe explica nuestra vida.

Con motivo del Año Vocacional he leído bastantes testimonios vocacionales de escolapios, de diversos lugares del mundo. Es impresionante constatar que en todos esos testimonios –y sin duda también en ti– hay una verdad profundamente vivida: la vocación es fruto de un encuentro creyente con Jesús, que me “atrapa” absolutamente y me conmueve hasta el *centro de mis decisiones*. Algo así como lo que expresa el joven Jeremías cuando dice *“Tú me sedujiste, Señor, y yo me dejé seducir; me has forzado y me has podido. Tu palabra se ha convertido para mí en burla e irrisión. Yo me decía: no pensaré más en él, no hablaré más en su nombre. Pero estabas dentro de mí como un fuego devorador encerrado en mis huesos. Me esforzaba en contenerlo pero no podía”*³.

Es una preciosa expresión de la totalidad del encuentro con Jesús que sostiene toda vocación. Sin ese encuentro, la vocación no es posible. Sin esa experiencia, mantenida fresca, joven y auténtica, no es posible seguir adelante. El encuentro con Jesús no es sólo la explicación de la primera decisión, es también la razón de la fidelidad. Si eso se pierde, se atenúa, se encorseta o se adapta a mis propias inconsistencias, se pierde la razón de nuestra vida.

Del mismo modo que la fe provoca un cambio profundo en mi vida que me hace capaz de iniciar un camino de seguimiento radical, esa fe es la que me permite seguir dando respuestas radicales. Ese es el mensaje del Evangelio de Juan cuando propone *“permaneced en mi amor”*⁴. Sólo así la fe es capaz de unificar nuestra vida, sólo así podemos vivir realmente centrados, sólo así podemos ser de verdad llamada para quien busca totalidad.

San Pablo lo expresa de maravilla con la frase que he elegido como título de esta Carta a los Hermanos. Dice Pablo que él tiene la experiencia de que nada vale la pena al lado de haber conocido a Cristo Jesús, por quien ha dejado todo⁵. Cristo y la misión concentran todas las energías de Pablo, de la misma manera que Cristo y los niños concentran todas las energías de Calasanz.

³ Jer 20,7-9

⁴ Jn 15, 9

⁵ Flp 3, 8



E P H E M E R I D E S C A L A S A N C T I A N A E

Salutatio Patris Generalis

Carta a los Hermanos – Diciembre 2011

¿Y nosotros? Nos debemos una respuesta sincera a esta pregunta. Es probable que muchos de nosotros nos sintamos un tanto lejos de esta unicidad de vida de Pablo o de Calasanz, quizá porque dentro de nosotros conviven diversos focos de

interés que nos descentran. Puedo preguntarme por los “síntomas de autenticidad”: ¿Me siento profundamente libre y disponible? ¿Cuido mi oración personal y mi experiencia de fe con esfuerzo y ánimo? ¿Recibo con apertura las propuestas de formación permanente o las considero irrelevantes para mi vida, porque creo que ya sé lo que tengo que hacer? ¿Trabajo con entrega por los niños y jóvenes que tengo encomendados, preparando cada encuentro con ellos como si fuera el primero? ¿Siento plenitud o vivo medianías? ¿Me preparo con esperanza, ánimo y exigencia para mi vida escolapia? Éstas y otras preguntas las tengo planteadas en mi “agenda de renovación espiritual” y las respuestas me pueden ayudar a recuperar “tono vocacional”.

Todos conocemos personas que de verdad han sido fecundas en su vida escolapia, en su vida comunitaria, en su trayectoria vital. Y todos sabemos que la razón de su fecundidad está en el cuidado permanente de la razón de su vocación.

2 - La importancia del cuidado permanente de nuestra respuesta vocacional.

Nuestra vida es un proceso en el que vamos pasando por fases diferentes, y en ellas se configura de modo diverso nuestra vocación. No vivimos ni expresamos igual nuestra fe cuando estamos empezando nuestro camino o cuando estrenamos nuestro sacerdocio o cuando llevamos bastantes años de trabajo y de experiencias diversas, unas fecundas, quizá otras no tanto. Son momentos y experiencias diferentes. Pero una cosa es cierta: en todas las etapas de nuestro proceso, la razón fundamental de nuestra vida necesita ser experimentada, comprendida y expresada con autenticidad. Una de las preguntas que nos hicimos en el reciente encuentro de responsables del acompañamiento de los religiosos adultos jóvenes celebrado en Peralta de la Sal fue porqué en muchas ocasiones nuestra vida no está sostenida a un *permanente* crecimiento espiritual (que no depende del vigor físico ni de la edad, ni siquiera del éxito o fracaso de nuestras empresas), sino que transcurre más bien en un razonable “conformismo espiritual”, que no nos ayuda a crecer y a dar respuestas de fe.

Pienso en el ejemplo del apóstol Pedro, que puede ser muy significativo para nosotros. Su primera opción es dejarlo todo y seguir a Jesús. Pero luego aparece una creciente dificultad en comprender la naturaleza del seguimiento: la cruz le escandaliza; en los momentos difíciles –y en la hora definitiva- ve la precariedad de su compromiso, y se da cuenta de que su conversión es todavía provisional. Pero, desde esa misma crisis, Jesús vuelve a llamarlo a la conversión, más madura y decisiva: “Sí, Señor, Tú sabes que te quiero”. Pedro ha aprendido mucho, finalmente, de sus crisis y de sus miedos. Es más consciente de sus límites y de su realidad, y vuelve a optar. Puede parecer menos fogoso y entusiasta, pero su opción es más lúcida y profunda. El camino de Pedro podría ayudarnos a entender algo del nuestro: no llegaremos a una confesión de fe capaz de unificar nuestra vida –y de hacernos entregarla- sin un proceso serio, maduro, acompañado, buscador, que nos ayude a superar respuestas superficiales o insuficientes.



E P H E M E R I D E S C A L A S A N C T I A N A E

C A L A S A N C T I A N A E

Salutatio Patris Generalis

Carta a los Hermanos – Diciembre 2011

Todos tenemos la experiencia de una oración fecunda y de una vida plena. Pero quizá también la de un entusiasmo que decae o la de la oración que pasa por momentos bajos y deja de influirnos. Incluso podemos tener la experiencia de unos compromisos que pierden novedad o se hacen más rutinarios o se dejan o se disfrutan menos, y entonces nos pueden costar

más la pobreza y el sacrificio. Ahí puede estar escondida nuestra gran tentación: buscar un acomodo entre el Evangelio y nuestra vida cotidiana.

Por eso tenemos que hablar de la fe, para poder comprender que nuestra vida pide “renovar nuestras opciones”. Incluso para comprender que en algún momento podemos necesitar una nueva etapa que nos ayude a renovar nuestro seguimiento, para llegar a una conversión más madura y decisiva.

¿Dónde estás los **apoyos a los que podemos recurrir** en nuestro proceso de fe? Señalo algunos que me parecen particularmente significativos y que nos podemos plantear, todos ellos basados en las claves de nuestra vida cristiana y escolapia. Ninguno es nuevo, como es natural, pero todos pueden ser vividos de modo nuevo.

- La oración personal, buscando un ritmo sano, enriquecida por la Palabra, inspirada por nuestra vida y nuestra misión.
- Vivir y trabajar desde proyectos, especialmente el proyecto personal y el comunitario, dos mediaciones de crecimiento y de exigencia.
- Buscar y mantener el acompañamiento personal, en búsqueda transparente de autenticidad, como una de las mediaciones que más nos pueden ayudar a crecer, sea cual sea nuestra edad y experiencia vital.
- Reflexionar en profundidad sobre el “celo apostólico” con el que vivo, el estilo de trabajo y de misión desde el que ejerzo mi ministerio.
- Utilizar mediaciones de formación permanente que me mantengan “al tanto” de lo que vivo y de lo que estoy llamado a vivir.
- Cuidar el encuentro comunitario, la vivencia de la fraternidad, la transparencia con los hermanos, la celebración compartida de la Eucaristía, la oración común.
- Aceptar propuestas que se me puedan hacer que quizá me desinstalen, pero que me pueden ayudar a recuperar “tono vital”.
- Hacer un trabajo espiritual relacionado con algunas dinámicas que la Orden nos propone, como por ejemplo, la disponibilidad, la mentalidad de Orden, la pertenencia corresponsable o la comprensión de la vida como proceso.
- Reflexionar, personal y comunitariamente, sobre el “sentido de misión”.
- Plantearme cómo debo vivir el Año Vocacional Escolapio 2012.
- Y tantas otras mediaciones. Todo lo que haga en este sentido contribuirá, sin duda, a multiplicar la Vida en las Escuelas Pías. Y todo lo que no haga, contribuirá a lo contrario; también sin duda.



E P H E M E R I D E S C A L A S A N C T I A N A E

C A L A S A N C T I A N A E

Salutatio Patris Generalis

Carta a los Hermanos – Diciembre 2011

A lo largo de estos meses he podido encontrarme con bastantes religiosos que celebraban sus 50 ó 60 años de ordenación o de profesión solemne. Con todos he compartido una íntima convicción, que expresaban más o menos así: *“lo que me ha sostenido, lo que me ha hecho fiel, lo que me ha hecho capaz de llegar hasta aquí, ha sido el amor de Dios que he tratado de devolver en forma de oración, de trabajo y de una vida cerca de Él”*. Pienso que la oración, la experiencia cuidada de Dios, una espiritualidad serena, una oración común sostenida, es la roca sobre la que edificamos nuestra vocación. Y el trabajo

entregado, la expresión más genuina de nuestra fe. Cuando eso falla, cuando nos conformamos con una vida de oración tenue y sin profundidad, cuando vivimos lo que algunos llaman la *“jubilación teológica”*, nuestra vida escolapia pierde su razón de ser y se convierte en algo sin sentido ni horizonte. Vivir desde Dios significa mucho más que ser fiel a la oración común, aunque ésta sea, sin duda, una de sus condiciones. Vivir desde Dios quiere decir que vivimos por Él, que sabemos que sin Él dejamos de ser, en la práctica, lo que hemos decidido ser. La vida de fe y oración es, sin duda, uno de los aspectos en los que más hemos de ayudarnos unos a otros superando esa tentación que a veces tenemos y que, por un falso respeto, que en el fondo es falta de preocupación por el hermano, nos lleva a no decir nada a quien, de verdad, está necesitado de alguien que le ayude.

Mientras trabajaba sobre este sencilla *“salutatio”* he podido tener acceso a la Carta del Papa Benedicto XVI por la que convoca el *“Año de la Fe”*. Dice el Papa que *“la renovación de la Iglesia pasa por el testimonio ofrecido por la vida de los creyentes”*⁶. Y añade: *“por la fe, hombres y mujeres han consagrado su vida a Cristo, dejando todo para vivir en la sencillez evangélica la obediencia, la pobreza y la castidad, signos concretos de la espera del Señor que no tarda en llegar”*⁷. Os invito a todos a acoger este *“Año de la Fe”*, que comenzará cuando esté terminando el año 2012, como una nueva oportunidad que Dios nos da para renovar y fortalecer nuestra vocación. Ojalá nuestro Año Vocacional nos ayude también a ofrecernos el mutuo regalo de una vida escolapia auténtica y fiel. Sólo así será convocante y portadora de Vida.

Recibid un abrazo fraterno.

Pedro Aguado

Padre General

⁶ Benedicto XVI: *“Porta Fidei”* número 6

⁷ Benedicto XVI, *“Porta Fidei”* número 13

